



Un ideólogo olvidado: el joven José Antonio Maravall y la defensa del Estado Nacional Sindicalista. Su colaboración en *Arriba*, órgano oficial de FET y de las JONS. 1939-1941

Francisco Javier Fresán Cuenca
Universidad de Navarra

Resumen: Recordado como hombre liberal y brillante pionero en la investigación de la Historia social de las mentalidades, José Antonio Maravall fue, sin embargo, uno de los principales doctrinarios y propagandistas del falangismo de posguerra. Esto es, del proyecto falangista apoyado en el poder que disfrutó Ramón Serrano Súñer como cuñado de Francisco Franco, y ministro de la Gobernación y de Asuntos Exteriores sucesivamente. Un proyecto que el propio Maravall identificó con el totalitarismo europeo que representaba, esencialmente, la Alemania nazi, y que defendió como mejor opción para la reconstrucción política y social de la España surgida de la Guerra Civil.

Palabras clave: José Antonio Maravall. Falange. Serrano Súñer. Diario *Arriba*. Caudillo. Totalitarismo. Partido único.

Summary: Remembered as a liberal man, brilliant pioneer in investigation of the social history of mentalities, José Antonio Maravall was, nevertheless, one of the main teachers and moving forces of the post war falangism. This is to say, of the Falangist project supported by the power of Ramón Serrano Súñer as the brother in law of Francisco Franco and as the Minister of Government and Overseas Affairs. A project which Maravall himself identified with the European totalitarian movement represented, essentially, by Nazi Germany and which he defended as the best option for social and political reconstruction of the Spain resulting from the civil war.

Keywords: José Antonio Maravall. Falange. Serrano Súñer, Newspaper "Arriba", Caudillo. Totalitarianism. Single Party.

Cuando en 1980 se cumplió el cincuentenario de *La rebelión de las masas*, José Antonio Maravall enmarcó su publicación en la Europa donde "Ha quedado como un hueco, un vacío en lo alto de la escala social. Entonces, la reflexión sociológica y política en Europa va a tratar de hallar la manera de restablecer la situación y de legitimar los

grupos que ocupan ese nivel de clase dirigente”. En España, José Ortega y Gasset, autor de *La rebelión de las masas*, le había dado “la vuelta a la cuestión: hay que ver cómo habían quedado las masas, cual es su estado moral y social. Sin darse cuenta de esto es inútil tratar de restablecer el papel de unas aún no definidas minorías”. En su opinión, “El peligro de olvidar esto tiene un nombre: totalitarismo”, y el problema de *La rebelión de las masas* radicaba en que había sido “muy mal leído, especialmente por los más fieles”¹.

Aunque no lo dijera, Maravall bosquejaba así parte de su juventud, pues, según su actuación como *escudero* del proyecto nacional defendido por Ramón Serrano Súñer, parece que fue uno de esos fieles y malos lectores de Ortega que abrazaron ciertos aspectos del totalitarismo. Al menos eso desvela su importante colaboración en el diario *Arriba* entre 1939 y 1941. Pero vayamos por partes.

1. Un joven orteguiano tendencialmente falangista.

Recordado, con justicia, por su ingente labor investigadora en el campo de la historia social de las mentalidades, José Antonio Maravall nació en Játiva —Valencia—, en el seno de una familia de medianos propietarios, el 12 de junio de 1911. Aunque comenzó la carrera de Derecho en la Universidad de Murcia, en 1928 se trasladó a Madrid para terminarla, y allí formó parte de la juventud culturalmente vanguardista y políticamente contestataria —eran los años de la Dictadura del general Primo de Rivera—. Fue asiduo lector de la *Gaceta literaria*, co-dirigió la vanguardista y efímera *Nueva revista*, colaboró en *Nosotros*, publicación controlada por el Partido

¹ Lola GALÁN, “Cincuenta años después de la rebelión”, *El País Semanal*, 19-10-1980, p. 46. En este mismo artículo Maravall esbozaba el clima intelectual de la Europa de entreguerras, pero para un estudio pormenorizado de la crisis a la que se refería ver, Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939. La Segunda República (1931-1936)*, Tomo 1, Madrid, Rialp, 1993, pp. 15-71. Este mismo autor ha estudiado la trascendencia de la obra de Ortega y Gasset en, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, 2 tomos, Madrid, Rialp, 1970.

Comunista, y perteneció tanto a la antidictatorial FUE —Federación Universitaria Española— como a la Agrupación al Servicio de la República². Además, destacó tempranamente en el selecto ambiente tertuliano de Madrid, siendo aceptado en el reducido grupo de *cortesanos* intelectuales de José Ortega y Gasset, donde cuajaría amistad con María Zambrano y Salvador Lissarrague Novoa³. Así, habiendo superado escasamente los veinte años colaboró en *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya* con artículos donde mostraba la influencia de las tendencias vitalistas que rompían en buena medida con el empirismo liberal y el materialismo del mundo burgués⁴. También publicó un artículo en el que, *a priori*, apuntaba que España era una consecuencia de Castilla⁵.

Aunque no de forma privativa, estos principios formaban parte del poco sistematizado ideario de la Falange, pequeño grupo político, liderado por José Antonio Primo de Rivera, que había nacido al calor de las novedosas fórmulas autoritarias y nacionalistas europeas, representadas, principalmente, por la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista. Las simpatías políticas del valenciano fueron basculando progresivamente hacia ese pequeño grupo. Si en un principio formó parte del Frente Español, dirigido por el también

² Asunción DOMENECH, “Entrevista con José Antonio Maravall” en *Historia* 16, octubre 1980, pp. 109-110

³ María Carmen IGLESIAS, “Conversación con José Antonio Maravall” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1983, p. 63, 65; VV.AA., “Homenaje a José Antonio Maravall”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, marzo-abril 1990, pp. 61, 64, 69-70, 83.

⁴ José Antonio MARAVALL: “De una cultura del progreso a una cultura de la vida” en *Revista de Occidente*, marzo 1934, pp. 288-313; “La revolución para el hombre” en *Cruz y Raya*, junio 1934, pp. 99-125; “La incitación al destino” en *Cruz y Raya*, agosto 1934, pp. 9-55; “La crisis del concepto del Estado” en *Cruz y Raya*, enero 1935, pp. 101-106; “Hacia el hombre” en *Revista de Occidente*, agosto 1935, pp. 161-181; “Europa en crisis” en *Revista de Occidente*, septiembre 1935, pp. 370-375.

⁵ José Antonio MARAVALL, “Castilla o la moral de la creación” en *Revista de Occidente*, octubre 1934, pp. 59-75.

orteguiano Alfonso García Valdecasas⁶ —primero de los oradores en el considerado acto fundacional de la Falange: el mitin de La Comedia—, según recordaría su amigo Ricardo Gullón, tras la revolución izquierdista de octubre de 1934 “había pasado a creer en José Antonio Primo de Rivera como el único baluarte contra la disolución social que a su juicio amenazaba al país”⁷.

Para entonces, los efectos de la crisis económica de 1929 repercutían en las arcas familiares, y el joven Maravall tuvo que aplazar sus estudios de doctorado y estabilizarse económicamente. Lo que logró ganando una plaza en el ministerio de Instrucción Pública. El estallido de la Guerra Civil no sólo volvió a truncar el desarrollo de su investigación doctoral, sino que sorprendiéndole en Madrid le obligó a pasar los tres años de lucha en la llamada zona *roja*, donde tuvo que disfrazarse y enrolarse en el grupo miliciano de una amistad para sobrevivir. Deseando y confiando en la victoria de Franco, su edad hizo, sin embargo, que fuese movilizado por el Ejército de la República, donde alcanzó el grado de sargento y conoció los frentes de la Zarzuela, Almansa, Jaén y Figueras⁸.

2. La importancia de Maravall como miembro del equipo de Serrano Suñer.

Si sus amistades de preguerra le permitieron no sufrir la molestia de los perseguidos en la zona *roja*, lo mismo sucedería en la España *nacional*, terminada la contienda. Alfonso García Valdecasas fue uno de sus principales benefactores, pues como Subsecretario del Ministerio de Educación Nacional —equivalente al anterior Ministerio de Instrucción Pública— hizo posible su reintegración sin dificultades. Además, en septiembre de 1939 se creó, al amparo del Ministerio de la Gobernación, un organismo cuyo cometido había de ser,

⁶ VV.AA, *Revisión de la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2001, pp. 54-55.

⁷ Cfr. VV.AA., “Homenaje...”, p. 74.

⁸ Cfr. A. DOMENECH, “Entrevista ...”, p. 111; cfr. VV.AA., “Homenaje...”, p. 75.



teóricamente, el de crear, sistematizar, diseñar y articular políticamente el llamado nuevo Estado y su doctrina: el Instituto de Estudios Políticos —IEP—, y García Valdecasas, designado director, utilizó toda su influencia para que Maravall formara parte del proyecto⁹. Para entonces, Maravall ya venía desempeñando una importante labor político-intelectual en las páginas del principal diario falangista: *Arriba*.

Así, no sólo no encontró dificultades en la nueva España, sino que formó parte del grupo de jóvenes intelectuales sobre el que trató de fundamentar su proyecto fascistizante Ramón Serrano Súñer. Éste había sido el mentor de Falange Española Tradicionalista y de las JONS —FET y de las JONS—, Partido único creado en abril de 1937 para solucionar el problema de la concreción y unidad política en torno a su cuñado, el general Francisco Franco. Por decreto estatal se fusionaron los dos grupos socialmente mayoritarios en la España *Nacional*: Falange Española y Comunión Tradicionalista Carlista, pero el falangismo fue claramente favorecido en lo que tenía que haber sido una unión entre iguales. Serrano deseaba levantar un Estado de autoridad pretendidamente novedoso, que inspirado en la Italia fascista tuviese como apoyatura al Partido único. Así, llegó a convertirse en el líder de los falangistas que deseaban crear un régimen, también inspirado en los modelos alemán e italiano, donde el Estado estuviese controlado por el Partido. Aunque el matiz diferenciador era importante, todos se necesitaban mutuamente, pues a pesar de la unidad política impuesta en abril de 1937 —conocida como la Unificación—, y de que Serrano Súñer se convirtió en el número dos del Régimen, en éste pervivieron las distintas tendencias políticas y sociales unidas en 1936 contra el gobierno del Frente Popular, y algunas no compartían el entusiasmo por una posible España falangista. Serrano tenía así, en el falangismo, la base de su poder político dentro del Régimen, y los falangistas cifraban su esperanza política en el apoyo que recibían del cuñado de Franco.

⁹ Cfr. A. DOMENECH, “Entrevista...”, p. 112

La historiografía especializada en la Falange de posguerra no suele referirse a Maravall como pieza destacada en el entramado intelectual del Partido. Recientemente han aparecido algunas obras que rectifican este panorama. La más destacada, a nuestro parecer, es la de Ismael Saz, pues aunque no se centra ni se refiere concretamente a Maravall, si recurre a su numerosa colaboración como articulista para esbozar el proyecto falangista del momento¹⁰. Pero, como señalo, esto no es, ni mucho menos, frecuente. A modo de ejemplo cabe indicar que Stanley G. Payne, pionero y clásico en este tipo de investigación, señala como principales teorizadores de la época a Juan Beneyto Pérez y Pedro Laín Entralgo, y cita muy puntualmente a Maravall¹¹. La razón de esta *marginación* quizás radica en el hecho de que toda su actividad la desarrolló en la prensa, y esta fue una parte del equipo de Serrano Súñer a la que no se suele prestar mucha atención.

Entre enero de 1938 y mayo de 1941 Serrano Súñer controló, directa o indirectamente, el Ministerio del Interior —o de la Gobernación—, y bajo su mando se colocaron los Servicios Nacionales —o Direcciones Generales— de Prensa y Propaganda, que se convirtieron en su principal herramienta política. La bibliografía existente suele centrarse en el estudio de la de Propaganda, citando a su titular, Dionisio Ridruejo, y sus colaboradores, y aunque se reconoce la importancia que tuvo la de Prensa, o simplemente se menciona la existencia de la censura o, como mucho, se indica que su

¹⁰ Ismael SAZ, *España contra España. Los nacionalismo franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

¹¹ Stanley G. PAYNE, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977)*, Barcelona, Planeta, 1997, pp. 485, 532. Payne, además, lo cita erróneamente, pues sitúa en mayo la publicación de un importante artículo aparecido dos meses antes, dándole al valenciano un protagonismo en la conocida crisis política de ese mes, que no tuvo. Por otra parte, artículos de la trascendencia del de Maravall venían publicándose en *Arriba* desde enero, según apuntamos en nuestra tesis en proceso.



primer Director General fue José Antonio Giménez Arnau¹² —quien sólo ocupó el cargo hasta marzo de 1939—¹³. Esta paradoja se debe, posiblemente, a la escasa atención que Serrano Súñer presta en sus memorias a esa mitad de su equipo, y esto, a su vez, puede responder al hecho de que su amistad con los responsables de Propaganda —Ridruejo, Laín— se mantuvo con el tiempo, mientras que no sucedió lo mismo en el caso de los hermanos Giménez Arnau, responsables de Prensa con quienes rompió por las mismas fechas que estudiamos¹⁴. No debe despreciarse tampoco el hecho de que los hombres de Propaganda hayan dejado un mayor volumen de testimonios y recuerdos escritos frente a quienes trabajaron en Prensa tras la guerra¹⁵.

Centrándonos en Maravall, y al margen de su labor en revistas vinculadas al falangismo como *Escorial* o *Revista de Estudios Políticos* —cuya aparición se produjo avanzado el periodo que estudiamos aquí—, lo cierto es que, en gran medida, sustentó su actividad político-doctrinal en artículos publicados en el diario *Arriba*, y no sistematizó su pensamiento en libros teorizadores como sí

¹² Un ejemplo típico es el de Joan María THOMAS, *La Falange de Franco. El proyecto fascista del régimen (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001, pp. 158-159, 213-215.

¹³ José Antonio GIMENEZ ARNAU, *Memorias de memoria*, Barcelona, Destino, 1978, p. 126.

¹⁴ Enrique GIMENEZ ARNAU, “La entrevista de Hendaya” en *Razón Española*, marzo 1998, pp. 133-143.

¹⁵ Amén de los artículos y conferencias que dictaron al respecto, son más conocidas, quizás por su mayor riqueza testimonial, las memorias de Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo, que las de José Antonio Giménez Arnau o Ramón Garriga, que también trabajó en Prensa durante la guerra. De Enrique Giménez Arnau, segundo Director General de Prensa, sólo conocemos el artículo arriba apuntado. Dionisio RIDRUEJO, *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1962; Dionisio RIDRUEJO, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976; Pedro LAIN ENTRALGO, *Descargo de Conciencia*, Madrid, Alianza, 1976; cfr. J.A. GIMÉNEZ ARNAU, *Memorias...*; Ramón GARRIGA, *La España de Franco*, Madrid, G. del Toro, 1976.

hicieron Beneyto Pérez y Laín Entralgo, principalmente¹⁶. No obstante, hay que tener en cuenta que la periodicidad y difusión de los libros doctrinales fue lógicamente mucho menor que la de la prensa diaria. Así, la importancia política del valenciano radica en que durante el periodo considerado más fascistizado del Régimen de Franco —1939-1941—, según su frecuente colaboración en el diario *Arriba* —órgano oficial de FET y oficioso del Régimen¹⁷—, pudo ser uno de los más importantes ideólogos propagandistas del nuevo orden y el Estado falangista.

Pedro Laín Entralgo, que recordaría años después la amistad y camaradería intelectual que habían compartido en aquel tiempo¹⁸, cimentó la que es considerada principal obra doctrinal falangista, *Los valores morales del Nacional Sindicalismo*, en una recopilación de conferencias y textos cuya entidad cualitativa y cuantitativa no aparenta ser, en cuanto al mensaje, muy superior a la reunión de los artículos de Maravall.

Por otra parte, su recurso al periodismo no respondió a la necesidad de un trabajo, pues ya contaba con su puesto en el Ministerio de Educación, y sí a su vocación intelectual como *orientador*. También su mentor intelectual, José Ortega y Gasset, había preferido el soporte periodístico para influir directamente en la

¹⁶ Juan BENEYTO PÉREZ, *El Partido*, Zaragoza, Colección Hispana, 1939; Juan BENEYTO PÉREZ, *El nuevo Estado Español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1939; Juan BENEYTO PÉREZ, *Genio y figura del Movimiento*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1940; Pedro LAIN ENTRALGO, *Los valores morales del Nacional Sindicalismo*, Madrid, Editora Nacional, 1941.

¹⁷ Así lo consideraban los corresponsales de las Agencias periodísticas extranjeras, como puede verse en los teletipos que diariamente enviaban desde España. Estos están recogidos en el Archivo General de la Administración (AGA), sección Cultura. Por otra parte, en la cabecera del *Arriba* se indicaba que era “Órgano Oficial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS”.

¹⁸ Pedro LAIN ENTRALGO, “Carta a José Antonio Maravall” en *Gaceta Ilustrada*, 28-4-1974, p. 27.

sociedad y los dirigentes españoles¹⁹, y, de hecho, en 1934 el propio Maravall había reconocido esta tendencia en la *Revista de Occidente*²⁰.

Igualmente, los indicios existentes desvelan coincidencias y contactos que relacionan al valenciano con el proyecto de Serrano Súñer. En este sentido, aunque como he apuntado la bibliografía no le ha prestado mucha atención a Maravall, lo cierto es que tampoco ha podido eludir su nombre en cuanto a miembro de la Falange *serranista*²¹. La periodicidad y la calidad política de sus textos son evidentes entre mayo de 1939 y mayo de 1941, precisamente cuando Serrano Súñer controló efectivamente la Prensa y *Arriba* fue su principal medio de expresión. En esos dos años Maravall firmó 59 artículos, con títulos tan significativos como: “Metafísica de la unidad de España”, “Desterrar el Liberalismo”, “El totalitarismo, régimen europeo”, o “Caudillo en lo internacional”, y es significativo que ni uno sólo de ellos sufriera los rigores de la censura controlada oficialmente por Serrano²². En mayo de 1941, una crisis política hizo que Serrano Súñer perdiera el control sobre las Direcciones Generales de Prensa y Propaganda, y fue en ese mismo instante cuando los artículos de Maravall desaparecieron de las páginas de *Arriba*. Seis

¹⁹ Gonzalo REDONDO, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, Madrid, Rialp, 1970, vol. 1, pp. 66-67.

²⁰ José Antonio MARAVALL, “Necesidad y política del escribir” en *Revista de Occidente*, marzo 1934, pp. 355-360.

²¹ Ya hemos citado antes el caso de Payne y de Saz, y así lo caracterizan Alvaro FERRARY, *El Franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, Pamplona, Eunsa, 1993, pp. 70, 149; Luis SUÁREZ, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 hasta 1945*, Madrid, Actas, 1997, p. 309; Gonzalo REDONDO, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco 1939-1975. La configuración del Estado español, nacional y católico 1939-1947*, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 163 y 389; José Luis RODRÍGUEZ, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 340; cfr. J. M. THOMÁS, *La Falange...*, p. 266.

²² Nuestra afirmación se basa en el estudio comparativo que en nuestra investigación doctoral hacemos entre las diarias páginas de *Arriba* y la no menos diaria intervención de la censura, tanto previa —consignas— como posterior —tachado y corrección de textos.

meses pasarían hasta la reaparición de su firma en el periódico, pero aunque sus primeros textos tuvieron un carácter eminentemente literario, evocador, y sus artículos perdieron nitidez política, tampoco hay que entender que Maravall *desertase*. De hecho, el joven valenciano participó en el esfuerzo político-cultural que, capitaneado por Pedro Laín Entralgo, se centró entre 1941 y 1942 en la defensa de la herencia cultural del 98 frente a un *menéndezpelayismo* que progresivamente se imponía como interpretación oficial de lo auténticamente español.

Por lo demás, como ya he señalado, desde un principio formó parte del equipo oficial de ideólogos creado en el IEP, el cual fue fundado a instancia de Serrano Súñer. Y si García Valdecasas sólo pudo hacerlo colaborador ante las resistencias que algunos mostraron hacia Maravall, el segundo director del centro formalizaría su rango como miembro de pleno derecho²³. Ese segundo director fue Fernando María Castiella, un hombre que también había estado bajo la égida de Ramón Serrano Súñer, si tenemos en cuenta que publicó la principal obra irredentista e imperialista española, *Reivindicaciones de España*, cuando Serrano era el titular del Ministerio de Asuntos Exteriores²⁴. Según recordó el propio Maravall, en el IEP pudo desarrollar su labor investigadora²⁵, que siguió la línea de lo que José María Jover ha definido como “el apogeo e inflación de una historiografía nacionalista que se ceba en el campo del modernismo”²⁶, y fue en el propio Instituto donde publicó su tesis doctoral en 1944, *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*.

²³ Cfr. A. DOMENECH, “Entrevista...”, p. 112.

²⁴ Serrano Súñer había sido designado Ministro de Asuntos Exteriores en octubre de 1940, y el diario *Arriba* comentó la aparición de esta obra en abril de 1941. “Reivindicaciones de España” en *Arriba*, 27-4-1940, p. 3.

²⁵ Cfr. A. DOMENECH, “Entrevista...”, p. 112.

²⁶ José María JOVER, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, p. 278.



3. *José Antonio Maravall en Arriba. El ideólogo falangista. 1939-1941.*

El diario *Arriba* apareció en las calles de Madrid el mismo día en que las tropas de Franco entraron en la ciudad, después de casi tres años de asedio. Dos días después la Guerra Civil terminó y los falangistas agrupados en torno a Serrano Suñer consideraron llegado el momento de realizar la revolución falangista que habían pospuesto en aras del esfuerzo bélico. El nuevo periódico madrileño se convirtió en el portavoz oficial de ese falangismo, y Maravall fue el articulista, por antonomasia, de las cuestiones referidas al modo de articular el nuevo Estado. Así, adaptó su forma de escribir a su papel como ideólogo, donde la claridad y el orden servían al mensaje lanzado, y primaba el recurso al historicismo para demostrar, casi empíricamente, que su propuesta de un Estado Totalitario de Partido único era la única conveniente y veraz para España.

Al acercarnos al estudio de los principios sobre los que Maravall asentó su actuación político-intelectual, se hace evidente que todos ellos giraron en torno al énfasis por la unidad —social, política, económica y cultural—. Joven de su tiempo, compartió las interpretaciones historicistas que los nacionalismos utilizaban para exponer su concepto orgánico de la nación, y como no podía ser de otra forma reflejó la paradoja de todo nacionalismo que define a la nación como principio y fin de existencia, en sí misma y a la vez. Rechazando que fuesen un “agrupamiento amorfo de individuos” o “asociación unitaria”, no dudó en afirmar que las naciones eran “una comunidad, una unidad indisoluble de existencia sobre las tierras patrias y sobre el tiempo de la Historia”, por lo que se refirió al “sentido metafísico de la unidad de los hombres de ayer, de hoy y de mañana, de la nación de los españoles”²⁷. De esta forma eran una

²⁷ José Antonio MARAVALL, “Metafísica de la unidad de España” en *Arriba*, 29-11-1939, p. 3; José Antonio MARAVALL, “Un aspecto del decreto de Unificación” en *Arriba*, 21-4-1940, p. 3; José Antonio MARAVALL, “El arma alemana” en *Arriba*, 31-5-1940, p. 3.

herencia histórica unitaria conformada por la tendencia de los hombres a unirse en torno a una empresa común:

“El tener una misma empresa que realizar es lo que une a los hombres y crea entre ellos esa comunidad política que es la nación. La empresa a cumplir es ni más ni menos, la nación”²⁸.

No es extraño, pues, que rechazara la literatura de los tópicos nacionales, y al considerar unido el carácter de los pueblos a la fidelidad que mostrarán a su misión en el mundo, entendiera que éste podía variar según “se entreguen a esa tarea colectiva o la abandonen”²⁹. Cada nación dependía de su “contenido sustancial del grupo”³⁰, y en el caso de España éste había sido “su sustancial tradición católica”, la “unidad de creencia [que] es, efectivamente, la causa de toda obra histórica española”. De esta forma, aunque reconocía que podía variar el carácter mostrado por el conjunto de los individuos, entendía que “el que se aparta de ella [de la misión] deja de ser nacional”³¹.

Así, está claro que Maravall reconocía la existencia de otras posibilidades, pero, teniendo en cuenta todo lo dicho hasta ahora, si los pueblos se conformaban por tener una empresa y esa empresa era a su vez la nación, la misión de España y de los españoles era, paradójicamente, ser España y españoles de una forma entendida como única y verdadera. Como más adelante veremos, esa única forma de ser verdadera era identificada con la existencia de una *moral nacional* impecable, que era lo que los individuos podían respetar o pervertir. Este determinismo historicista contaba también con una

²⁸ Cfr. J. A. MARAVALL, “Un aspecto...”, 21-4-1940, p. 3.

²⁹ J. A. MARAVALL, “Una vieja opinión sobre los españoles” en *Arriba*, 24-11-1940, p. 3.

³⁰ Cfr. J. A. MARAVALL, “Un aspecto...”, 21-4-1940, p. 3.

³¹ José Antonio MARAVALL, “Raíz de una obra española” en *Arriba*, 3-1-1940, p. 3; José Antonio MARAVALL, “Un Dios, una fe, un bautismo” en *Arriba*, 11-10-1940, p. 3.

proyección supranacional, y así lo expuso al definir el ámbito cultural al que pertenecía España: la cristiandad europea:

“Europa es una creación del cristianismo. El cristianismo de la Iglesia creó a Europa como un orden, como una organización en lo espiritual y en lo temporal. (...) Y esta organización fueron la Iglesia y el Imperio. (...) De esta manera, la existencia de Europa quedó planteada como una unidad”.

Esta unidad cultural había sido conservada y traspasada por el Imperio Romanogermánico, la España de la Reconquista, la escuela de traductores de Toledo, y los Habsburgos españoles³², por lo que los pueblos europeos tenían el deber de conservarla y defenderla de la amenaza que pesaba sobre ella. Esta es, posiblemente, la idea esencial que permite comprender el falangismo de Maravall, y de muchos como él. No olvidemos que durante la República el valenciano había basculado hacia la Falange tras la revolución de octubre de 1934, aunque para entender el fenómeno en toda su complejidad es necesario retrotraerse un poco más en el tiempo.

Durante el periodo llamado de *entreguerras*, la percepción de estar viviendo una profunda crisis cultural centró la reflexión intelectual en Occidente. La Gran Guerra había puesto de manifiesto el fracaso civilizador del sistema de pensamiento y sociabilidad eclosionado con la Ilustración y la Revolución Liberal, el cual había desembocado en el fetichismo optimista de la idea de progreso. Durante el siglo XIX se había llegado a la convicción de que el hombre, por medio de su progreso mental, político y material, lograría erradicar los problemas que acuciaban aún a la humanidad. La razón como *tótem*, el liberalismo y la democracia como sus mejores instrumentos políticos, y el progreso científico, permitirían crear un mundo en armonía. Pero contra estas convicciones generalizadas, había surgido el problema social y la lucha de clases, y, sobre todo, el desarrollo técnico había devenido en carrera armamentística, y esta en un conflicto sin

³² José Antonio MARAVALL, “Europa o antieuropa. 3.- El sentido español de lo europeo” en *Arriba*, 3-8-1939, p. 3.

precedentes. Paradójicamente, los países más *civilizados* del mundo, según el patrón occidental, y, por lo tanto, los más conscientes de las posibilidades positivas del hombre, habían sido los responsables de la mayor pesadilla conocida por la humanidad. Al mismo tiempo había surgido una nueva fuerza en el mundo, la Unión Soviética, que fue vista como una negación de todas las bases sobre las que se asentaba Occidente, tanto las espirituales como las materiales. Todo mezclado y asimilado más mal que bien, hizo que el optimismo trocase en angustia.

Los principales pensadores del mundo notificaron la existencia de tal crisis. En España destacó por sus apreciaciones José Ortega y Gasset, pero fue Oswald Spengler quien mayor fama alcanzó con las teorizaciones expuestas en *La decadencia de Occidente*. En los artículos del joven Maravall no son raras las alusiones a éste o a Carl Schmitt para justificar sus afirmaciones. De hecho, los primeros textos que publicó en *Arriba* se centraron precisamente en la exposición de tal problema, siendo el primero en señalar que la angustia europea respondía a una “crisis de espíritu”, y no a una “crisis de la técnica”³³.

En una serie de artículos con el título general “De la experiencia roja”, señaló que el origen de la crisis radicaba en la terrible desviación laicista provocada por la irrupción del liberalismo y su culto al racionalismo puro. *A priori* entendía que la dignidad de la persona subyace en los valores éticos del cristianismo, los cuales identificaba con un “esfuerzo de cultura, de orden, de Norma”. La herencia cultural o modos de vida recibidos “eran el resultado del trabajo de hombres que supieron obedecer al Orden y a la Norma”. Pero esa herencia, sentenciaba, había sido administrada irresponsablemente, cayendo Europa en “la irrefrenable tendencia a empobrecer su vida”. Se había perdido “la común aspiración a la superación moral”, y el Protestantismo había popularizado “que la sociedad era tan sólo un pacto entre individuos (...) para respetarse unos a otros, justamente, los menos respetables de sus derechos”. Así:

³³ José Antonio MARAVALL, “Europa o antieuropa. 2.- La cuestión europea de España” en *Arriba*, 2-8-1939, p. 3.

“Todo lo mejor que el hombre podía dar a la sociedad quedó desplazado (...). Y sin gobierno, sólo hacia el mal podían caminar esas íntimas energías que se habían dejado sueltas”³⁴.

Y esta evolución individualista en las mentalidades había desencadenado, según su entender, el desarrollo del principio erróneo de la soberanía popular:

“comenzó a pensar el hombre que su derecho de libertad y de igualdad le impedían servir a otro hombre y se sustituyó la relación personal de servicio por la impersonal de función. (...) Una insana vanidad de los de abajo obligó a enseñar que el gobernante sirve al ‘pueblo’. Subversión de masas, que siendo su función obedecer, pretendían convertirse en amos de aquellos que tenían la misión casi divina de gobernar”³⁵.

Tres años después de estas palabras, sometiendo a crítica el libro de Paul Hazard, *La crisis de la conciencia europea*, Maravall aclaraba que todo respondía a la progresiva secularización de la razón humana desde el Renacimiento, hecho que a su vez había desembocado en la liberal y burguesa “edad de la técnica”, que así ha sido llamada propiamente la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto de nuestro siglo, había acabado por sumir al hombre en una civilización mecánica, en la que hasta los oscuros movimientos instintivos de nuestro existir se había querido someterlos a una regularidad prevista y puramente física”³⁶.

³⁴ José Antonio MARAVALL, “De la experiencia roja” [serie] en *Arriba*: “Cultura y naturaleza”, 7-5-1939, p. 3; “El retorno de la dignidad”, 11-5-1939, p. 3.

³⁵ José Antonio MARAVALL, “Pueblo y Servicio” en *Arriba*, 30-8-1939, p. 3.

³⁶ José Antonio MARAVALL, “Un trance decisivo de la Historia de Europa” en *Arriba*, 21-4-1942, p. 5; “Lo biográfico y lo moral” en *Arriba*, 28-4-1942, p. 5.

Los *padrinos* de esta desviación eran quienes desde el determinismo, evolucionismo y materialismo histórico decimonónicos se habían autodefinido como “de ideas avanzadas”³⁷.

Finalmente, según su esquema mental, la deshumanización económica liberal —el capitalismo— había provocado la reacción marxista, pues se habían creado las masas, pero no se habían atendido sus necesidades. La reacción contra esta injusticia, unida a la desarrollada mentalidad laicista, había hecho que el marxismo se basara en “una promesa de poder ilimitado a los peores como posibilidad de saciar su rencor. (...) una exasperada actitud contra lo mejor del hombre”. Este era “el único secreto de su éxito entre infrahombres”³⁸.

Frente a toda esta *decadencia*, la victoria *nacional* en la guerra —que interpretaba como un jalón más en la historia de la verdadera España, la católica— suponía la posibilidad de rectificar el rumbo implantando una solución cultural única, que él entendía cristiana³⁹, y que cifraba en la recuperación de una preexistente e imperecedera “moral nacional” cuyos principios radicaban en el elitismo social y el estatismo. España, afirmó, por fin podía rechazar la “patraña populista” que había provocado “todo nuestro proceso de decadencia” y la “subversión de las masas”. Desde su punto de vista:

“Al pueblo, en todas sus clases, que no es más que un producto natural, para elevarse a la categoría de una unidad moral, para adquirir y ejercer su dignidad, no le queda más camino que servir al Estado. La dignidad del pueblo no está en reclamar ilusiones de derechos que, como en las grandes democracias no le rinden más ventaja que hundirle en la miseria económica, sino en mantener honradamente su servicio al Estado”.

³⁷ José Antonio MARAVALL, “Digresión sobre los de ‘ideas avanzadas’” en *Arriba*, 20-6-1939, p. 3.

³⁸ José Antonio MARAVALL, “Lo que da de sí el marxismo” en *Arriba*, 12-8-1939, p. 3.

³⁹ Cfr. J. A. MARAVALL, “De la experiencia...”, 7-5-1939, p. 3 y 11-5-1939, p. 3.

Además, puntualizaba que “sólo hay un medio, orgánico, ordenado y permanente, de servir al Estado, y es servir al Caudillo, cuya voluntad mantiene en todo momento y da vida al Estado”, y afirmando que esta era “recia virtud de estirpes españolas”, no dudaba en agradecer a Dios que hubiese dado a los españoles “un señor así a quien servir”⁴⁰. En su opinión, la concentración caudillista de poder no sólo era “algo majestuoso y admirable”, sino que estaba justificada por su “eficacia”, pues “al contemplar la historia, hallamos grandes individualidades que han gobernado de la única manera que puede gobernarse, esto es, con inspiración personal casi divina”⁴¹, y porque humanizaba el poder al basarse en una relación personal y no “meramente jurídicoadministrativa”⁴².

Sin embargo, aunque la figura del líder era necesaria e indiscutible, para Maravall no era sino una pieza —importante, eso sí— del auténtico órgano en el que se fundamentaba la nación. Como el mismo dictaminó: “El pueblo sirve al Caudillo y el Caudillo sirve al Estado”⁴³. Presentado como si fuera un organismo *per se*, el Estado era el intérprete por antonomasia de la existencia nacional, de la nación, frente a unos individuos que podían ponerla “en trance de sucumbir”. Así, no dudaba en referirse a “la indiscutible justificación de su existencia” y autoridad⁴⁴. Maravall opinaba que para salvar a los individuos de sí mismos —que poniendo en peligro a la nación se ponían en peligro ellos— lo mejor era que su existencia fuese tutelada. En consecuencia, era necesario, a toda costa, restablecer la perdida “dignidad del Estado”:

“Ha habido una época en la política europea en la que al individuo sólo se le enseñaba la desconfianza ante el Estado, y al Estado sólo se

⁴⁰ Cfr. J. A. MARAVALL, “Pueblo y...”, 30-8-1939, p. 3.

⁴¹ José Antonio MARAVALL, “Fórmulas y personas” en *Arriba*, 14-3-1940, p. 3.

⁴² José Antonio MARAVALL, “Caudillo de España” en *Arriba*, 1-10-1939, p. 3.

⁴³ Cfr. J. A. MARAVALL, “Pueblo y...”, 30-8-1939, p. 3.

⁴⁴ José Antonio MARAVALL, “El sentido polémico del Nuevo Estado” en *Arriba*, 18-4-1940, p. 3.

le dotaba, como principio vital de su existencia, de la misión de resistir los embates de sus propios súbditos (...). Era necesario que se volviera a aprender que sin dignidad y fortaleza del Estado no existe dignidad social y que si hay algo siempre justificado es un Estado que luce, confiado en sí mismo, por la buena ordenación de toda actividad al interés nacional e histórico de la nación. Cuando el Estado recobra esta viril confianza en sí mismo y en la inacatable legitimidad de su función, la vida social se dignifica nuevamente⁴⁵.

No hay que olvidar, sin embargo, que Maravall exponía sus ideas desde un periódico falangista cuyo fin era el control del Estado por el Partido, por lo no debe extrañar que toda esta construcción teórica se orientase en beneficio de tal Partido y de su entonces líder, Serrano Súñer. En su opinión, la forma estatal más clásica de autoridad elitista y caudillista era la dictadura, y aunque “como defensa urgente del orden (...) será siempre un remedio estimable”, no era una solución válida para la nueva España dado su carácter temporal. Era necesario establecer un sistema perdurable que concentrase la autoridad en el Gobierno como “culminación jerárquica del pueblo organizado”, y esa relación de jerarquía entre el Gobierno y el pueblo —establecida, según demostraba a su conveniencia, en las Sagradas Escrituras— la daba el Partido. Así, se crearía un sistema socialmente representativo como la democracia y eficaz con los problemas como la dictadura, pero sin ser temporal, donde el Partido sería para el Estado “el medio para llevar a realidad su rotunda afirmación de la nación en la vida entera de los hombres”⁴⁶.

Adaptándose a la sucesión de los acontecimientos, Maravall articuló su defensa del Estado falangista. Su primera manifestación se produjo cuando en agosto de 1939 se transformaron los estatutos de FET y de las JONS y afirmó que en ellos quedaban recogidos los principios de “servicio y jerarquía” que habían conformado

⁴⁵ José Antonio MARAVALL, “Dignidad del Estado” en *Arriba*, 24-12-1939, p. 3.

⁴⁶ Cfr. J. A. MARAVALL, “Un aspecto...”, 18-4-1940, p. 3; José A. MARAVALL, “El Estado de autoridad”, *Arriba*, 28-4-1940, p. 3.



históricamente la “moral nacional”⁴⁷. Evidentemente el caudillaje formaba parte de esos principios, y no dudó en señalar la necesidad de avanzar en la construcción política del Régimen siguiendo los dictados de Franco⁴⁸. Pero ha de tenerse en cuenta que Maravall apuntó esto dos días después de que Franco proclamara, durante la ceremonia constitutiva del segundo Consejo Nacional, el gran papel institucionalizador que debían jugar éste y la Junta Política, órganos del Partido que habían sido potenciados siguiendo los renovados estatutos de FET y los dictados de Serrano Súñer. De hecho, la Dirección General de Prensa había orquestado una importante campaña periodística con el fin de presentar al Consejo Nacional y la Junta Política como los definitivos instrumentos constituyentes del Régimen⁴⁹.

Como primer año de la paz y punto de arranque para la vertebración de la nueva España, 1939 fue un año donde los acontecimientos se solaparon, especialmente los relacionados con la articulación de los distintos organismos oficiales. No puede extrañar entonces que la esperanzadora andadura de esos pretendidos *instrumentos constituyentes* coincidiese con la reapertura de las aulas universitarias, cerradas a causa de la guerra, y que estas coincidencias, y el hecho de se dieran en un ambiente marcadamente nacionalista y estatista, provocaran la confusión intencionada de las áreas política y universitaria. Maravall, estrechamente vinculado a ambos mundos, sentenció que la Universidad, como centro intelectual del país por excelencia, debía ser controlada por la Falange para que actuase como órgano creador de la teoría política que el Régimen necesitaba en su proceso constituyente. Se trataba de remediar la “rotura en la continuidad de nuestro original pensamiento [y] reinaugurar en la historia nuestro propio modo de ser (...) formulando racionalmente nuestra verdad, [mediante] un completo cuerpo de doctrina”. Y ello,

⁴⁷ Cfr. J. A. MARAVALL, “Pueblo y...”, 30-8-1939, p. 3.

⁴⁸ José Antonio MARAVALL, “En la crisis de 1939. Una tarea española”, *Arriba*, 28-9-1939, p. 3.

⁴⁹ La cuestión la desarrollamos con la extensión que merece en nuestra investigación doctoral.

no debía elaborarse individualmente, sino en conjunto y con un organismo *ad hoc*:

“hay que devolver a la Universidad lo que su mismo nombre expresa, convertirla en un cuerpo unido, ordenado y vivo, en el que se produzca un pensamiento orgánico capaz de orientar, mejor, de dirigir una vida humana en su totalidad. (...) Esto quiere decir que la Universidad se hace política sirviendo los supremos intereses políticos de la nación y del Movimiento (...) porque, como afirmó [el] camarada Lissarrague, ‘la Falange es el destino de España’”.

El mérito de la falange radicaba en que había superado los viejos prejuicios reaccionarios contra la inteligencia, pero sabiendo mantener a raya el racionalismo exacerbado que tanto mal había hecho en forma de liberalismo⁵⁰.

Nuestro articulista también se preocupó de señalar quién personificaba este proyecto de redefinición nacional. Franco, como Jefe del Estado, era oficialmente el Jefe nacional de FET, pero, como ya hemos señalado, Serrano Súñer era entonces el auténtico hombre del Partido, y esta realidad no escapó a las apreciaciones del joven intelectual. Al comenzar la Navidad de 1939 exaltó abiertamente la apariencia del nuevo Estado, tal y como lo estaba configurando y dirigiendo Serrano:

“pasado ya un plazo prudencial, cabe valorar por sus resultados uno de los más importantes hechos políticos que han tenido lugar en el nuevo régimen español. Hace unas semanas el Presidente de la Junta Política [Serrano Súñer] se dirigió a los españoles. Su discurso, dentro de las costumbres de gobierno que hasta ahora nos eran conocidas, fue un hecho insólito y sorprendente: consistió en haber descarnado severamente la realidad, ofreciéndola sin disfraz alguno a la consideración del pueblo entero. Esto en sí era elogiabile por su profunda lealtad a los gobernados. Hoy, vistas sus consecuencias, es una lección. (...) El Estado [liberal] anterior hubiera tenido que mentir (...) La hueste española ha saludado orgullosamente el hecho que

⁵⁰ José Antonio MARAVALL, “Universidad y Nacionalindicalismo” en *Arriba*, 6-9-1939, p. 3.



acaba de producirse: se ha inaugurado un Estado que siente y mantiene la dignidad de su propio ser”⁵¹.

Pero fue en los meses centrales de 1940 cuando Maravall radicalizó, gradual y progresivamente, el tono de su reclamación. En principio, comenzó aprovechando el aniversario del decreto de Unificación para criticar la realidad política existente en la España de Franco, ya que rechazó abiertamente el entendimiento del Estado español como una “ecléctica combinación de posiciones antagónicas a todas las cuales valora positivamente, a todas las cuales juzga como portadoras de un relativo o parcial contenido de verdad”⁵². Según entendía:

“si la empresa colectiva da lugar a la comunidad del pueblo, y si esa es la sustancia política del Estado y constituye su íntimo principio de vida, el decreto de Unificación, entre nosotros, al incorporar a los demás elementos del Estado una empresa así, lo que hace es fundar el Estado Nacional de los españoles. (...) Lo que hace es recoger de la nación un quehacer común y encomendarlo al Estado, dándole a éste su sustancia y encargando a la vez al Partido que sirva de conducto permanente de la empresa desde la sociedad al Estado, entre los cuales es intermediario. Ese decreto da al Estado su realidad política, y una alteración sustancial de lo que viene a disponer en él llevaría consigo un cambio en el Estado de lo sustantivo. El decreto de Unificación aparece, por o tanto, desde ese punto de vista, como derecho fundacional del Estado español”⁵³.

Es evidente que para el joven valenciano, una España en la que el Estado no estuviese controlado por el Partido, sería, por así decirlo, *menos España*. A pesar de todo, este elitismo socio-político falangista, que Maravall traslucía perfectamente en sus artículos, no respondía a una suerte de megalomanía por el poder, sino, paradójicamente, a la

⁵¹ Cfr. José Antonio MARAVALL, “Dignidad...”, 24-12-1939, p. 3. Maravall se refería al discurso con el que Serrano Súñer había cerrado el III Consejo Nacional de Auxilio Social.

⁵² Cfr. J. A. MARAVALL, “El sentido polémico...”, 18-4-1940, p. 3.

⁵³ Cfr. J. A. MARAVALL, “Un aspecto...”, 21-4-1940, p. 3.

pretensión de salvaguardar al hombre de sí mismo —partiendo claramente de un concepto negativo de la naturaleza humana. Así, en el tercero de los artículos en torno al aniversario, afirmó que en este tipo de regímenes el Partido único sustentaba la representatividad popular al tiempo que facilitaba una estructura estatal autoritaria que le evitaba al pueblo las tensiones que conllevaba la propia convivencia social⁵⁴. Es decir, se le quitaba la libertad al hombre para que no se dañase al usarla. Caía, así, en un paternalismo bienintencionado pero a todas luces lesivo para los *beneficiados*, ya que prefería tutelar y ordenar, en vez de permitir al hombre que aprendiera por sí mismo a utilizar correctamente su libertad.

Sin embargo, Maravall no profundizaría en esta vía argumentativa, *alimentada* de fuentes y razones plenamente españolas, que hubiera podido inaugurar una reflexión teórico-política capaz de vertebrar más acabadamente el pensamiento falangista. Y no fue así porque la situación europea conoció inmediatamente un brusco giro que determinaría la postura del falangismo en España. Me refiero al victorioso ataque de la Wehrmacht a través de los Países Bajos y, sobre todo, a la inesperada debacle francesa. Acontecimientos que exaltaron los ánimos de un falangismo que temió perder *el carro* europeo y que descaradamente sustituyó a la Italia fascista como modelo político a seguir por la Alemania nazi —así fue al menos en las páginas de *Arriba*—. Una cascada de columnas y comentarios editoriales en el principal de sus rotativos expresó las conclusiones políticas que el falangismo sacó de la victoria militar germana, y Maravall se encargó de apuntalar esas deducciones con la más profunda reflexión de sus artículos. Así, antes de que la ofensiva alemana cumpliera un mes, nuestro autor se preocupó de aclarar que, sobre la eficacia de las armas, lo que estaba haciendo posible la extraordinaria victoria germana era la eficacia unificadora de su sistema nacional de Partido único:

“Se habla de secretas armas alemanas (...). Todo esto podrá ser verdad; pero hay algo más aparte de estos misterios técnicos. (...)

⁵⁴ Cfr. J. A. MARAVALL, “El Estado...”, 28-4-1940, p. 3.

¿Dudaba alguien de la técnica alemana en 1914? (...) No; hay algo más que esto. (...) lo fundamental son las ideas políticas. He aquí, pues, el arma principal, nada secreta por cierto, de Alemania: el Partido. (...) con él se ha conseguido, sencillamente, la idea política que ha dado su fortaleza moral al pueblo, al Ejército, al Estado, los tres elementos que mantienen en la histórica a una nación. Los tres se desmedran y acaban por descomponerse cuando falta una empresa política que realizar, y esta sólo puede existir en y por el Partido totalitario. (...) Luego viene la técnica (...). Si esto se logra también es porque antes existen esa unidad moral y esa voluntad política común que sólo el Partido totalitario hace posible. (...) Pero el arma primera es la unidad moral de una estirpe. Y la radical exclusión de quien no la acepte”⁵⁵.

Con estas últimas palabras Maravall pasaba, en poco más de un mes, de apuntar la posibilidad de un desvío en el rumbo que le correspondía a España, si el Partido no controlaba el Estado, a sugerir la *radical exclusión* de quien no aceptase tal realidad. Sin embargo, fue en agosto y septiembre, rendida Francia y con Inglaterra a punto de doblar la rodilla —así se pensaba entonces—, cuando más perseveró el valenciano. Insistiendo en que “el arma alemana por excelencia era una sola: el partido”, el 6 de agosto se refirió a la existencia de una “comunidad de estilo” entre el falangismo y el nacionalsocialismo, y apuntando que toda Europa estaba sintiendo la “fiebre del totalitarismo” señaló que España debía prestar atención a esta lección política. Además, Maravall advertía contra la *apariencia* de totalitarismo, ya que según afirmó, “la organización podría copiarse de fuera, y con ello nada se lograría”. La autenticidad del Partido totalitario consistía en su capacidad para nacionalizar las masas creando un nuevo “tipo de hombre para la Patria”, pues “donde no arranque de esta raíz, no será más que artificio sin vida”. Sólo así, previno, se situaría España en el puesto que geográfica e históricamente le correspondía:

“Europa ha vuelto a encontrar su tarea fundamental: la invención de un “hombre nuevo” capaz de seguir haciendo caminar la Historia

⁵⁵ Cfr. J. A. MARAVALL, “El arma...”, 31-5-1940, p. 2.

hacia adelante. Y en esto la aportación de España, desde Séneca a Loyola y de Loyola a Franco ha sido siempre esencial”⁵⁶.

Días después, con evidente triunfalismo germanófilo, afirmó nuevamente que la victoria se debía a que el Eje había podido comprometer en la *causa* todos sus resortes humanos, ya que previamente educados, los pueblos cumplían con todo lo que la Patria les exigía. En su opinión se le había dado un nuevo sentido a la guerra en el que la capacidad económica —tradicional baza bélica inglesa— quedaba en segundo plano⁵⁷. Ésto, no era sino un trasunto de la manida contraposición fascista entre el voluntarismo humano—el héroe— y el valor de lo exclusivamente económico —el burgués—, la cual volvió a presentar, refiriéndose, en este caso, a las razones de la que creía inminente derrota inglesa⁵⁸.

Que los responsables del diario estaban de acuerdo con las ideas de Maravall, no sólo lo demuestra la similitud de sus argumentos con lo publicado en las columnas editoriales durante esos meses, sino también el hecho de que pasado un mes republicaron íntegramente el artículo del 6 de agosto, variando sólo, y escasamente, el título⁵⁹. Durante el mes de septiembre, sin embargo, sus artículos no se centraron tanto en el Partido único como en demostrar la necesidad de no perder un *carro europeo* que tendía abiertamente hacia el Totalitarismo. Así, llegó a afirmar que sólo por el totalitarismo y sus virtudes civilizadoras Europa recuperaría su histórico y preeminente lugar en el mundo⁶⁰. Tanto lo creía así, que tituló uno de sus artículos:

⁵⁶ José Antonio MARAVALL, “Una experiencia actual” en *Arriba*, 6-8-1940, p. 3.

⁵⁷ José Antonio MARAVALL, “El sentido actual de la victoria” en *Arriba*, 18-8-1940, p. 3.

⁵⁸ José Antonio MARAVALL, “Comentario sobre Inglaterra” en *Arriba*, 25-8-1940, p. 3.

⁵⁹ José Antonio MARAVALL, “Una experiencia de la guerra” en *Arriba*, 5-9-1940, p. 3.

⁶⁰ José Antonio MARAVALL, “De nuevo, Europa” en *Arriba*, 17-9-1940, p. 3.

“El Totalitarismo, régimen europeo”, donde no se olvidó de prevenir contra la mera imitación externa⁶¹, cuestión en la que insistiría advirtiendo que sólo los pueblos que se adaptasen rápidamente a las nuevas formas disfrutarían de un puesto preeminente en el nuevo orden —formas encarnadas en España por la Falange, que, afirmaba, las aglutinaba con la esencia católica española—⁶².

Sin embargo, a la germanofilia diplomática, motivada por los viajes de Serrano Súñer a Berlín, su nombramiento como Ministro de Asuntos Exteriores y la entrevista de Hendaya, no le correspondió una transformación claramente falangista del régimen liderado por Franco, y los hombres de FET hubieron de explicar —o autoexplicarse— el por qué de una situación que además sembraba el desánimo en sus filas. A mediados de noviembre Maravall reconocía que el falangismo estaba sirviendo “con absoluta lealtad ese Estado que realmente no es el propio”, si bien su queja quedó muy matizada, ya que a continuación justificó la situación señalando que “un Estado totalitario es una complejísima organización de poder mucho más vasta y difícil que cualquier otra forma estatal anterior, y, por tanto, no puede ser algo que se improvise de la noche a la mañana”⁶³.

¿Se quejaba Maravall diplomáticamente o respondían sus palabras a un análisis realista de la situación? Si tenemos en cuenta su posterior forma de trabajar en el campo de la Historia —absolutamente pormenorizada—, habría que creer lo segundo. Pero si tenemos en cuenta todo lo que había escrito a lo largo de los últimos cinco meses y el estado animico que gentes tan cercanas a él como Salvador Lissarrague expresaban por entonces, habrá que pensar lo primero. Por lo general, los hombres y la vida suelen ser más complicados que

⁶¹ José Antonio MARAVALL, “El Totalitarismo, régimen europeo” en *Arriba*, 26-9-1940, p. 3.

⁶² José Antonio MARAVALL, “Un Dios, una Fe, un Bautismo” en *Arriba*, 11-10-1940, p. 3.

⁶³ José Antonio MARAVALL, “Falange en el Estado”, *Arriba*, 14-11-1940, p. 3.

los simples razonamientos maniqueos, por lo que nos inclinamos a pensar que en Maravall debieron pesar ambas posibilidades.

Aun así, es innegable que en el falangismo empezaba a cundir el desánimo, y quien principalmente manifestó este estado en las páginas del *Arriba* fue el ya citado Salvador Lissarrague Novoa, que había seguido una trayectoria similar a la de Maravall. Perteneciente al círculo de *cortezanos* de Ortega y Gasset, su falangismo también databa del momento en que se había visto inmerso en la revolución *roja* —de hecho, paradójicamente salvó su vida en el Madrid de la guerra, pues se consideró que sus públicas e inoportunas manifestaciones de falangismo respondían a un trastorno mental⁶⁴. En 1940 expresaba análogos conceptos sobre la marea totalitaria que invadía Europa, pero lejos de justificar la situación española como Maravall, mostró abiertamente su disconformidad:

“Es hora de poner de una vez para siempre en claro cuál es la verdadera situación del Partido (...). Pues bien; hoy la realidad política de España es esta. (...) todo el mundo se va dando cuenta que la pretensión de prescindir del régimen totalitario con todas sus consecuencias es sencillamente quimérica. (...) [Pero] Se da el caso peregrino de que la Falange tiene que conquistar el poder después de haber triunfado ya”⁶⁵.

Tal vez esta forma de quejarse motivó que, a diferencia de Maravall, Lissarrague sí padeciera la intervención del lapicero censor⁶⁶.

Sea como fuere, FET sólo coparía el Estado si Franco daba la orden esperada. Pero Franco no la daba y los falangistas empezaron a

⁶⁴ Cfr. VV.AA, “Homenaje...”, p. 75.

⁶⁵ Salvador LISSARRAGUE NOVOA, “Estado y Partido en la coyuntura española” en *Arriba*, 15-9-1940, p. 5.

⁶⁶ Boletín del Negociado de Censura, 3-11-1940, AGA, Cultura, caja 362. El artículo, ya rectificado, fue publicado dos días después, Salvador LISSARRAGUE NOVOA, “Vigorización de la Falange” en *Arriba*, 5-11-1940, p. 3.

tener la sensación de que la oportunidad histórica que encarnaba su movimiento para España, dentro de la Europa transformada por la victoria alemana, se estaba perdiendo. Así, al conmemorarse la muerte de José Antonio Primo de Rivera, en el editorial de *Arriba* pudo leerse:

“Pesano mucho los tiempos y nos jugamos demasiado en ellos, en una palabra, para que nuestro ardor pueda quemarse en salvas”⁶⁷.

La creciente desazón falangista quedó momentáneamente paliada cuando el 6 de diciembre se aprobó la Ley de Bases de la Organización Sindical. Era el teórico colofón al proceso de reordenación económica y construcción sindical iniciado en enero con la promulgación de la Ley de unidad Sindical, y también el segundo proyecto sindical que el Régimen abordaba. El primero lo había intentado llevar adelante el ministro de Acción y Organización Sindical, Pedro González Bueno, quien siguiendo la línea falangistizadora de Serrano Súñer, más estatista que del Partido, había subordinado en la práctica lo sindical al Estado⁶⁸.

Sin embargo, el proyecto de González Bueno fracasó *torpedeado* en buena parte por los falangistas, que preferían unos sindicatos dependientes del Partido y no del Estado, y en el cambio de gobierno de agosto de 1939 su ministerio fue disuelto. Desautorizado su proyecto inicial, Serrano Súñer maniobró para asegurarse tanto el

⁶⁷ (Editorial), “Nuestra ‘ardorosa ingenuidad’” en *Arriba*, 20-11-1940, pp. 1, 8.

⁶⁸ La cuestión sindical había sido, además, muy importante en la gestación del falangismo, que así seguía la corriente de pensamiento surgida en Francia de la mano de revisionistas del marxismo, como George Sorel, y propulsores de un nuevo nacionalismo, como Maurice Barrès, y que había alcanzado un importante eco en Italia gracias a personajes como Enrico Corradini y Benito Mussolini —procedente, no lo olvidemos, de las filas del socialismo. Ver, Zeev STERNHELL, *Maurice Barrès et le Nationalisme français*, París, Complexe, 1985; *La droite révolutionnaire. Les origines français du fascisme*, París, du Seuil, 1978; *Ni droite ni gauche. L’ideologie fasciste en France*, París, du Seuil, 1983.

apoyo del Partido como el control del proceso organizativo sindical: hizo que se concediera a FET el control de la esfera sindical y nombró Delegado Nacional de Sindicatos a un joven pero veterano falangista que entonces simpatizaba con él, Gerardo Salvador Merino. Éste se dispuso a organizar la estructura sindical de España como elemento de poder político personal y del Partido, al tiempo que trataba de normalizar económicamente el país sobre las bases de una justicia social administrada jerárquicamente —esto es, concedida desde arriba. Con la Ley de Unidad Sindical de 26 de enero de 1940 se le dio vía libre para aplicar su proyecto, y a la altura de diciembre había conseguido encuadrar la mayoría de las actividades laborales en grandes Sindicatos organizados jerárquicamente —verticalmente— por ramas de la producción, por lo que la Ley del día 6 buscaba refrendar oficialmente esas creaciones. En semejante ley Maravall vio la posibilidad de que en este ámbito el falangismo sí avanzara hacia el control del país, y a pesar de que el diario ya contaba con un articulista especializado en el comentario sindical —Guillén Salaya—, él se encargó de cumplir la consigna por la que se ordenó explicar y promocionar la Ley y el sistema resultante⁶⁹.

El sistema, sin embargo, truncaba la autonomía sindical proyectada por Salvador Merino, y respondía más a los deseos de Serrano Súñer. Así, Maravall aplaudió el “proceso de estatalización” donde los sindicatos nacionales, nacidos y controlados por el Partido, eran instrumentos con los que el Estado realizaba la revolución nacional en España, como también sucedía en “los países totalitarios”. El Estado, como máximo intérprete del interés nacional, debía encabezar la revolución que políticamente subordinara lo económico, terminando con los desequilibrios e injusticias provocados por el liberalismo económico antinacional y la socialista lucha de clases. El Ministerio del Trabajo sería el encargado de establecer los criterios económicos a seguir, aunque reconociéndole a la iniciativa privada una autonomía suficiente, pues entendía que el capitalismo no individualista era el mejor sistema para desarrollar económicamente al país. No obstante

⁶⁹ Consigna de la Dirección General de Prensa, 8-12-1940, AGA, Cultura, caja 349.

insistía en que “autonomía no quiere decir (...) independencia”, pues la economía debía contar con el “interés nacional” y “ciertas limitaciones de carácter social”. Por eso afirmaba que la salvadora síntesis entre lo político social y lo económico, sería una realidad gracias a la aplicación de la Ley Sindical y su desarrollo, pues este cubría los dos aspectos del mundo económico: con las Centrales Nacional Sindicalistas —CNS— organizaban la relación de trabajo dentro de las empresas, impidiendo la lucha entre patronos y obreros al *imponer* un ámbito de solidarización; y con los Sindicatos Nacionales organizaban sobre la base del supremo interés nacional a las empresas, evitando rivalidades económicas dentro del país. Partiendo del principio nacional del caudillaje defendía el nombramiento del jefe de empresa como suprema jerarquía económica local, señalando que debía “asegurar la transmisión y ejecución de la disciplina económico-social dispuesta por el Estado hasta sus extremos”, y ostentar “la responsabilidad de la gestión, responsabilidad en dos órdenes: respecto al cumplimiento en su esfera de las normas sindicales y respecto a la ejecución de las directrices que a la producción señale el Estado”⁷⁰.

Es evidente que su planteamiento adolecía de un concepto excesivamente idealizado del jefe de empresa, pues veía antes al patriota que al empresario.

La ilusión que despertó la aprobación de la Ley de Bases no consiguió, a pesar de todo, calmar la creciente desazón falangista. Al comenzar 1941 *Arriba* inició una *campaña* buscando incrementar el poder del Partido —que más allá de la retórica y la parafernalia externas no controlaba los resortes estatales⁷¹. Maravall aprovechó otro de los *santorales* falangistas —el aniversario de la unión entre las

⁷⁰ José Antonio MARAVALL, “Régimen y Sindicatos”, *Arriba*, 19-12-1940, p. 3; “En torno a la Ley Sindical” [serie], *Arriba*: “Política y economía”, 24-12-1940, p. 8; “La autonomía de lo económico”, 29-12-1940, p. 8; “Lo social y lo económico”, 10-1-1941, p. 3; “Los Sindicatos Nacionales”, 21-1-1941, p. 3; “Las C.N.S.”, 26-1-1941, p. 3; “El Jefe de Empresa”, 5-2-1941, p. 3.

⁷¹ Cfr. Joan María THOMAS, *La Falange...*, pp. 264-266.

JONS y Falange Española, el 4 de marzo de 1934— para unirse al esfuerzo, y repudiando el fetichismo tecnicista antepuso el gobierno de los *políticos* al de los *técnicos*⁷², rechazando abiertamente el papel de aquellos que formaban parte del gobierno a título de *expertos* en algún tipo de materia, lo que era una directa alusión a quienes procedentes del Ejército o del mundo económico desempeñaban carteras técnicas. A finales de ese mismo mes Maravall se hacía eco de la revista *Escorial* —nacida unos meses antes de la mano de los jóvenes falangistas serranistas Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo—, y de acuerdo con la línea que caracterizaría a esta publicación, apoyándose en la memoria de José Antonio Primo de Rivera afirmaba que sólo el falangismo había demostrado una auténtica y contemporánea conciencia histórica española⁷³. Un mes después tenía lugar lo que se conoce como la *crisis de mayo*, que en sí no fue más que el sorpresivo epílogo de esa presión que había iniciado en enero el falangismo.

Pero antes de ver en qué consistió esta crisis, que marcó un momentáneo final a la colaboración de Maravall en el *Arriba*, cabe atender a los principios y consecuencias diplomáticas que postuló partiendo de la vertebración falangista del Régimen.

Las líneas generales de lo que debía ser la actitud española en el mundo las expresó en dos series de artículos publicadas en 1939 con los títulos genéricos: “Europa o antieuropa” y “En la crisis de 1939”. Previamente, Maravall había personalizado histórica y territorialmente la depravación liberal en Francia, coincidiendo con un periodo en el que la prensa española reflejó la tensión existente por el incumplimiento galo del pacto Jordana-Berard —pacto firmado en febrero para regular las relaciones entrambos países. Maravall no aludía a esta cuestión, pero en su opinión, la orientación histórica que

⁷² Éste es el artículo que Payne sitúa erróneamente en 4-5-1941. José Antonio MARAVALL, “Sobre el tema de la técnica”, *Arriba*, 4-3-1941, p. 3.

⁷³ José Antonio MARAVALL, “Un prólogo del Fundador”, *Arriba*, 29-3-1941, p. 3.

venía siguiendo la política francesa desvelaba que ese país había perdido su puesto natural en la cristiandad⁷⁴.

Esto último era precisamente lo opuesto a lo que debía hacer España, por lo que rechazó el aislamiento que algunos postulaban para restañar las heridas provocadas por la Guerra Civil. Ante la crisis de valores europea, Italia y Alemania eran los únicos pueblos que defendían los principios inmutables de Europa, y España debía unirse a ellos. Primero, porque en el entendimiento y defensa de Europa como cristiandad “hemos llevado ventaja a todos los pueblos europeos”, y segundo, porque había recuperado toda la “autoridad moral” para ejercer su mesiánico Imperio, que, como en el tiempo de los Austrias, cifraba en la unificación cristiana de Europa. Aun más, España debía actuar así “porque Dios se fía más de nosotros que de ningún otro pueblo”.

Esta forma de pensar había sido, aseguraba, una constante en la Falange desde José Antonio hasta Franco, y lo cierto es que Maravall continuaba la primitiva interpretación falangista de la cuestión *imperial*, que no había tenido un carácter territorialmente expansivo. Si José Antonio Primo de Rivera había declarado en 1934 que “Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu”⁷⁵, Maravall dejó claro que “sería un error interpretar esta argumentación en un sentido belicoso”⁷⁶.

⁷⁴ José Antonio MARAVALL, “Tristeza roja y alegría del César”, *Arriba*, 2-7-1939, p. 3.

⁷⁵ José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Obras completas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951, pp. 154-155.

⁷⁶ Salvo la cita anterior, todas las demás han sido extraídas de, José Antonio MARAVALL, “Europa o antieuropa” [serie], *Arriba*: “1.- La política exterior como necesidad interna”, 1-8-1939, p. 3; “2.- La cuestión europea de España”, 2-8-1939, p. 3; “3.- El sentido español de lo europeo”, 3-8-1939, p. 3.

Un mes después, cuando Europa empezó a sufrir los compases de lo que sería la Segunda Guerra Mundial, Maravall reafirmó la necesidad del *Imperio moral* español ante “la retirada histórica de la democracia como forma política”. Ésta había demostrado su ineficacia durante la guerra española frente a “la generalización de los regímenes de unidad nacional de poder absoluta y soberana” como medio para superar las graves crisis. De ello se habían dado cuenta incluso en Rusia, y un ejemplo era la firma del Pacto de No-agresión con Alemania. Esto desvelaba, a su entender, el peligro de que esas nuevas formas de gobierno fuesen instrumentalizadas en provecho de causas erróneas, por lo que la misión de España era la de elaborar una doctrina que circunscribiera tales métodos al servicio de los principios correctos.

Maravall recordaba que “Hacer valer nuestros principios no supone siempre una intervención bélica directa”, pero para que la autoridad moral española fuese completa, no bastaba con “unas meras elucubraciones teóricas”, sino que había que “ofrecer esos principios respaldados por la irrefutable autoridad del resultado conseguido por su aplicación a la misma España”⁷⁷.

El inmediato curso de la Segunda Guerra Mundial no varió su forma de pensar. Siguió rechazando la aventura bélica denunciando que las voces intervencionistas “sobrepasan toda norma de prudencia”⁷⁸, y en octubre de 1940 seguía presentando a España como la reserva espiritual de la nueva Europa totalitaria⁷⁹. Meses después, al eco de la entrevista en Bordighera entre Franco y Mussolini, aplaudía

⁷⁷ José Antonio MARAVALL, “En la crisis de 1939” [serie], *Arriba*: “Consideración histórica de la Guerra Española”, 16-9-1939, p. 3; “Una tarea española”, 28-9-1939, p. 3.

⁷⁸ José Antonio MARAVALL, “Un lejano aviso sobre el arte de la guerra”, *Arriba*, 11-2-1940, p. 3.

⁷⁹ Cfr. José Antonio MARAVALL, “Un Dios, una fe...”, 11-10-1940, p. 3.



la política exterior de Franco —ya alejada de la fiebre intervencionista⁸⁰.

Poco más tarde se producía la ya aludida *crisis de mayo*, que básicamente se centró en el rechazo de los falangistas a que el Ministerio de la Gobernación —y con él Prensa y Propaganda— pasara de las indirectas manos de Serrano Súñer —que lo controlaba por medio de su Subsecretario, José Lorente— a las de un militar que no simpatizaba con el falangismo, Valentín Galarza. Varios altos cargos de FET presionaron a Franco y *Arriba* ridiculizó al nuevo Ministro de la Gobernación y se enfrentó al diario *Madrid* —partidario de éste⁸¹. Finalmente, Franco eludió el *temporal* concediendo ciertas cotas de poder a falangistas que, sin embargo, preferían no depender del liderazgo de Serrano Súñer, y estaban dispuestos a conformarse con lo recibido y olvidarse en la práctica de la revolución y de exclusividad estatal. Serrano perdió efectivamente el control sobre la Prensa, pues aunque fue cedida a la Secretaría General de FET, al frente de ésta se había colocado a José Luis Arrese, uno de esos falangistas *acomodaticios*⁸².

La firma de Maravall no apareció en ningún momento y su pluma dejó de colaborar en el periódico falangista durante largos meses. El valenciano era un entusiasta del régimen totalitario de Partido único, pero no era un radical.

Desde mayo de 1941 Serrano había ido perdiendo paulatinamente su otrora destacada posición, y finalmente fue apartado del poder en septiembre de 1942. Maravall, como decimos, siguió colaborando en

⁸⁰ José Antonio MARAVALL, “Caudillo en lo internacional”, *Arriba*, 16-2-1941, p. 4.

⁸¹ El tema lo desarrollamos con la profundidad que merece en nuestra tesis doctoral.

⁸² Estudios sobre la *crisis de mayo* en, cfr. Alvaro FERRARY, *El Franquismo...*, pp. 167-169, 172; cfr. Stanley G. PAYNE, *Franco y José Antonio...*, pp. 530-536; cfr. Joan María THOMAS, *La Falange de Franco...*, pp. 266-278.

Arriba con importantes artículos, pero según recordó posteriormente, ese fue el año en que se centró en su tesis doctoral. La preocupación política fue siendo sustituida por la científica, aunque en ésta mantuvo ese antimenéndezpelayismo al que nos hemos referido⁸³. En los años 50 y 60 se vinculó o simpatizó con la corriente de oposición interna al Régimen que en cierto modo lideró Dionisio Ridruejo⁸⁴, y en 1976, cuando el Régimen agonizaba, se expresó en estos términos:

“sabiendo que la libertad no deja nunca de ser complicada, ni la democracia de llevar consigo intranquilidad, como no hay otro camino para que individuos y pueblos lleguen a ser dueños de sí mismos (no meros objetos manipulados por una oligarquía), es necesario asumir esos márgenes de complicación y problematismo, para alcanzar un régimen de protagonismo. El caso es que la democracia sólo se alcanza con el ejercicio de la democracia”⁸⁵.

Entre las posturas paternalistas de juventud y esta de 1976 mediaba una brillante e importante labor científica en el ámbito de la Historia española, que, él mismo reconocería, le había hecho profundizar en el conocimiento de las realidades humanas y abandonar “una larga herencia de cerrazón” marcada por el casticismo nacionalista⁸⁶. La economía de espacio nos obliga a dejar para otra ocasión el estudio de esa evolución.

Académico de la Real de la Historia desde 1961, su juvenil preocupación intelectual le llevó a planteamientos elitistas y nacionalistas cuyo resultado fue la defensa del más radical de los estatismos. Sin embargo, y esto es lo importante, la madurez personal y la firmeza de una postura honrada ante la investigación histórica le

⁸³ En 1983 todavía declaraba: “¿Qué es lo que no es Historia? Pues la obra de Menéndez Pelayo”. Cfr. María Carmen IGLESIAS, “Conversación...”, pp. 65, 66.

⁸⁴ VVAA, *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 214, 374, 377, 381, 383 y 419.

⁸⁵ José Antonio MARAVALL, “Ridruejo, en una perspectiva democrática”, *El País*, 4-7-1976, p. 26.

⁸⁶ Cfr. María Carmen IGLESIAS, “Conversación...”, pp. 67-68.



permitieron conocer otras realidades y evolucionar en su forma de pensar, convirtiéndose en un ejemplo de cómo el rigor en el conocimiento del pasado y el presente humano es una excelente vacuna contra la autocomplacencia que desemboca en fanatismo político.